

COMPRE USTED MAÑANA

el núm. 19 de la popular
publicación semanal de

BIOGRAFIAS DE ARTISTAS
DE LA PANTALLA

LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía
de la bellísima estrella

SHIRLEY MASON

Numerosos datos y fotografias

Regalo de una lujosa postal

Precio popular: 35 cts.

DE VENTA EN TODAS PARTES

La exclusiva de venta de nuestras publicaciones la
tenemos cedida a la SOCIEDAD GENERAL ES-
PAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS
Y PUBLICACIONES, S. A. -Barbará, 16, BARCE-
LONA.-Ferraz, 21, MADRID y Ferrocarril, 20, IRÚN

E. VERDAGUER MOÑERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Núm. 185

25 cénts.



EL SEÑORITO
PRIMAVERA

por G. Swanson,
W. Reid, B. Daniels,
E. Dexter, T. Roberts, etc.

de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción

Administración

Via Layetana, 12

Teléfono, 4423 A

BARCELONA

AÑO IV

N.º 185

El Señorito Primavera

Magnífica producción, interpretada por una nube de *stars*, a cual más famoso, entre ellos: GLORIA SWANSON, BEBÉ DANIELS, WANDA HAWLEY, WALLACE REID, ELLIOTT DEXTER, THEODORE ROBERT, THEODORE KOSSLOFF etc.

—
Paramount Pictures Corporation

—
CECIL B. DE MILLE

—
Distribuída por
SELECCINE S. A.

—
PROGRAMA AJURIA ESPECIAL

—
Con esta novela se regala la postal-fotografía de
JEWEL CARMEN



El Señorito Primavera

Argumento de la película

Siempre ha sido muy meritoria la conducta de aquellos que se sienten con fuerzas para levantar a los caídos y sostener a los que amenazan despeñarse... Pero el papel de redentor requiere una cabeza capaz de apreciar en qué casos debe intervenir y en cuáles no, o por lo menos en cuáles debemos confiar a otros el desarrollo de nuestros bien intencionados proyectos... Y los que se empeñan en ser redentores sin tener en cuenta lo que decimos, sólo consiguen perder muchas cosas y merecer el gráfico nombre de "Primos".

Entre estos modernos caballeros errantes y errados, no hay ninguno que iguale al héroe de nuestra historia, al sin par Anatolio de Witt Spencer, que sólo tenía una cosa abundante en su cabeza: pelo.

Anatolio se había casado con Viviana, una mujercita encantadora, muy graciosa, muy fina, sencillamente divina.

Max Runyon, el amigo leal de Anatolio, había visto con satisfacción y hasta con orgullo la unión de éste con Viviana, y se placía en

visitarles a menudo o en acompañarles en comidas o diversiones.

Un día, sin que ni uno ni otro pensarán en lo que allí les esperaba, Viviana y Anatolio decidieron ir a comer en el *restaurant* "El Abanico Verde", y Max se agregó a ellos para pasar la velada juntos.

Gerardo Bronson, llamado en la Bolsa "El Hombre de Hierro", frecuentaba asiduamente "El Abanico Verde" y en él se le puso el apodo de "El Hombre de Pasta", sin duda porque gastaba el dinero a manos llenas.

Bronson se había despedido de los cincuenta, pero se conservaba aún fuerte y se creía digno de competir con el más arrogante adolescente.

Se parecía por las muchachas jóvenes, y a la sazón gozaba de la exclusiva de una de las gentiles bailarinas del *restaurant*, que se vería en la gloria si el protector no fuera tan viejo y celoso.

Emilia llamábase la aventura del Don Juan.

La mesa que éstos ocupaban no distaba mucho de la de Anatolio, su esposa y su amigo.

La juventud atrae a la juventud, y los ojos de Emilia se cruzaron con los de Anatolio, quedándose los dos suspensos y pensativos. Surgió el recuerdo. Se conocían.

Bronson despertó a Emilia a la realidad, al percatarse de que miraba con insistencia cordial a Anatolio; y la muchacha correspondió a la brusquedad del celoso pinchándole en una mano con un tenedor.

Quedó olvidado el incidente, pero de pronto, Emilia volvió a mirar a Anatolio, encontrándose de nuevo sus miradas, y brindaron desde lejos por su antigua amistad.

Otra vez Bronson llamó al orden a Emilia, prohibiéndole que brindase a la salud de nadie con *su* wiskey, y sólo por no perder de re-



...y la muchacha correspondió a la brusquedad del celoso pinchándole en una mano con un tenedor.

pente las gangas que le ofrecía el protector fué por lo que ella se resignó a tragar quina, cuando en realidad hubiese querido hacérsela tragar a él.

Viviana había estado observando por su par-

te las discretas señas que se hicieran su marido y la bailarina.

Max hizo lo propio que la esposa de su amigo, que se consideró entonces obligado a darles una explicación de aquella súbita simpatía.

—Aquella es Emilita Dixon. La conocí hace unos cuantos años en Pompton. Era más dulce que una perita en almíbar.

Viviana no apreció la ingenuidad de la aclaración de su marido, y muy severa le indicó la conveniencia de olvidar lo de la “perita”... que ya no era tal perita...

Extrañado, Anatolio censuró la dureza de su compañera, dominado su espíritu por ideas quijotescas.

—No comprendo tu actitud... ¿No ves que la pobre está en la pendiente y, si no lo impedimos, caerá, irremisiblemente, al precipicio?

El enojo enrojeció ligeramente el terso semblante de Viviana.

Anatolio no reparó en ello, obsesionado como estaba por sus filantrópicas teorías, y fué a saludar a Emilia.

Los antiguos amigos celebraron el reencuentro, del que cada cual descontaba una ventaja...

Bronson, al que nosotros hemos presentado como celoso y que no era sino un amigo de lo suyo muy exigente—Emilia nos había engañado—, saludó atentamente a Anatolio cuando la amiguita se lo presentó como compañero de colegio en la juventud, y no tuvo el menor inconveniente en verles bailar juntos.

Max, conciliador, trataba de justificar la conducta de Anatolio, basándose en la excesiva bondad que derrochaba sin asegurarse de si portándose bien según sus ideas se portaba mal conforme a la realidad.

Después del baile, durante el cual Emilia no cesó de demostrar a Anatolio que estaba con-



—¿No ves que la pobre está en la pendiente y, si no lo impedimos, caerá, irremisiblemente, al precipicio?

tentísima de haberle vuelto a ver, deslizáronse hasta un saloncito íntimo donde podrían hablar sin testigos.

Anatolio había hecho un rápido examen de Emilia, y estaba decidido a reformarla.

De modo que eres una excelente bailarina, ¿eh? ¡Quién iba a pensar, hace algunos años, que aquella tímida colegiala se convertiría andando el tiempo en artista coreográfica! Pero ¿por qué elegiste esta peligrosa profesión?

Emilia suspiró profundamente, y con entonación sentimental, dijo:

—Oye mi historia... A ti te lo puedo contar todo... Yo no era más que una provinciana antes de conquistar el mundo... No encontré trabajo y tuve que empeñar cuanto poseía... Desgracias de familia se cernieron sobre mí... Me agarré a la tabla que en las aguas de mi naufragio encontré para mi salvación de la miseria... Bronson, ese viejo bolsista, es un Meceñas para los artistas... Un estómago vacío es algo terrible... Tú me entiendes, Anatolio...

Anatolio creyó de buena fe lo que le refería la bailarina, y ésta, muy lista, remachó el clavo:

—Tú que eres bueno y rico, ¿por qué, encontrándome en esta situación, no me ayudas?

El ingenuo varón acarició paternalmente a la "infeliz" que no había roto nunca ningún plato, y prometió no desampararla.

—No te apures, Emilita. Estoy casado con la mujer más buena y dulce del mundo, y tengo la seguridad de que cuando le haya explicado tu caso no te negará su ayuda.

—¿Es capaz de ser tu esposa tan buena como dices?

—No la hay mejor. Ven; pronto te convencerás.

Anatolio se disponía a conducir junto a su esposa a Emilia, cuando Bronson, que no estaba tan conforme en que su protegida se aislase con otro hombre más que él como en consentir que bailase a su presencia con quienquiera que fuese, se personaba en el saloncito íntimo para, so pretexto de invitar a la danza a la frívola, separarla del amigo de antaño.

Pero Anatolio, resuelto a hacer un gesto de noble humano, le notificó sus propósitos:

—Usted viene por Emilia, y ella no puede seguirle, caballero, porque se ha puesto en mis manos para que la salve de un grave peligro... y mi esposa y yo la acompañaremos a su casa.

Bronson no se explicaba la ridícula salida de Anatolio, y riéndose burlescamente, respondió:

—¡Que Dios le dé suerte, hijo! Preséntela usted a su mujer y verá qué cara pone...

Emilia, transformándose hábilmente en la Bertini o la Menichelli, se estrechó más contra Anatolio, mirando con terror al práctico Mecenas.

Anatolio midió con reproche al viejo, y llevóse a Emilia hacia la mesa de Viviana, quien, al igual que Max, los vieron llegar juntos estupefactos ante el atrevimiento del moderno Quijote.

Viviana clavó sus ojos en Anatolio, pero éste, fijo en su extravagancia, dijo decidido:

—Pienso proteger a esta jovencita y quiero que tú me ayudes, Viviana... Le dije a ese ca-

ballero que estaba con ella que nosotros la acompañaremos a su casa.

Emilia, interpretando su papel de víctima a maravilla, llegó a creer, ante la actitud de Anatolio, que Viviana no se daría cuenta de la farsa, y se convenció de que la esposa no era tan necia como el marido.

Nada contestó Viviana a Anatolio. Con su silencio demostraba su oposición al plan suyo; y dijo a Max, que no dudaba que iba a intervenir en aquel asunto:

—¿Quieres acompañarme a casa, ya que mi marido parece que tiene otro compromiso?

Max accedió a mediar de tal modo en la cuestión, y ante la conducta de Viviana, Anatolio, convencido en absoluto de que la generosa acción que se disponía a hacer no debía detenerse ante ningún obstáculo para alcanzar más mérito, la dejó partir con su amigo, y separó definitivamente a Emilia de Bronson.

—¿Vamos, Emilita?—acababa de preguntar el bolsista a la bailarina suponiendo que Anatolio renunciaba a su cándida idea después de haber visto la cara de su esposa.

Anatolio irguióse como un mosquetero ante el viejo verde, y amparando a la dama desvalida, prohibióle que la molestase con sus pretensiones.

Bronson volvió a soltar sonoras carcajadas, y despidió a los jóvenes profetizándoles lo que más tarde o más temprano debía llegar.

—¡Llévesela usted con Dios, hijito! ¡Déle usted buenos consejos y haga cachitos el alma

que ahora tiene, que yo vendré dentro de unos meses a recoger los pedazos!...

Anatolio no recogió la alusión a su lamentable error de meterse a redentor, y Emilia, sonriendo ante la brillante perspectiva que se ofrecía a sus ojos, empujó a Anatolio para separarse de Bronson, quien, además de asombrado, quedó algo disgustado porque la aventura se le escapaba de las manos cuando mayores eran sus deseos de divertirse.

No obstante, pronto se resignó, seguro de que la ausencia de Emilia no sería larga.

*
* *
*

Emilia hizo subir a su casa a Anatolio, y ya en ella, sentados en un sofá, muy cerca el uno del otro, la pícara, con esa habilidad característica de las mujeres que han aprendido a conocer a los hombres a fuerza de recibir desengaños suyos, trató con él del profundo tema psicológico de la vida matrimonial.

—Tu esposa no te comprende, ¿no es verdad, Anatolio? Tú eres bueno, muy bueno. No hay doble intención en tus actos. Ella no es como tú. Harto he visto esta noche que no existe entre vosotros esa mutua confianza que es sinónimo de felicidad sin sombras. ¿Verdad que acierto, Anatolio?

—Viviana es muy generosa... Algo egoísta tal vez...

—Anatolio, yo no te he olvidado nunca. ¡Si supieras cuántas noches he pensado en ti! ¿No te acuerdas de nuestra dulce juventud?

Anatolio, fascinado por las poderosas miradas de Emilia, sentía que la idea de regeneración ofrecía sus puntos de valor, y resistió la tentación de unos labios que saben temblar y prometer cuando conviene a sus cálculos.

Desde aquella noche, Emilia fingió vivir una vida retirada, sin otro atractivo que la visita



...la aventura se le escapaba de las manos cuando mayores eran sus deseos de divertirse.

diaria de Anatolio; pero lo cierto era que sabía estar atenta a todo.

Viviana, a pesar de las tentativas de Max para convencerla de que Anatolio obraba de buena fe con Emilia, estaba contrariadísima, y no cambiaba con su marido más palabras

que las estrictamente indispensables. Allá en el fondo de su alma, Viviana creía en la fidelidad de su compañero, pero no compartía sus manías de filantropía peligrosa; quería, con su aparente seriedad, conducirle a la renuncia de hacer el bien a los demás para pensar en su propia dicha.



—¿No te acuerdas de nuestra dulce juventud?

Tenemos dudas de si Anatolio habría tenido tanto empeño en reformar a Emilita si su cara no hubiese sido tan agradable; o si ella hubiera tenido tanta ilusión en dejarse salvar por él, si Anatolio no hubiese sido tan buen mozo.

Porque la belleza influye en las más férreas voluntades.

Para proporcionarle otro medio más digno de ganarse la vida, Anatolio hizo dar lecciones de violín a Emilita en su casa, pagándole un buen profesor que ponía todos sus entusiasmos en instruir a sus discípulos.

Emilia fingía mucha vocación por la música, y Anatolio se figuraba que en breve plazo sus esfuerzos se verían coronados por el éxito, convirtiéndose la bailarina en excelente concertista.

Pero si bien Anatolio sabía cuánto le costaban las lecciones de violín de Emilita, lo que no sabía era en qué consistían aquellas lecciones. El profesor estuvo tentado más de una vez de retirarse para no volver más, no dispuesto a enseñar a tocar el violín a una calabaza que no pensaba más que en bailar con las amigas que solían visitarla a la hora de la lección.

Anatolio se presentó inopinadamente en casa de Emilia cierta tarde, cuando el profesor acababa de mandar a la alumna, al fin, a tomar lecciones de música al Polo.

Emilia, alarmada al oír llamar al timbre, gritó a las amigas que habían ido a visitarla, que escondieran las botellas de licor que pusieran sobre una mesita para agradabilizar entre sorbo y sorbo la entrevista, y así pudo disminuir en parte el mal efecto que le causó al desinteresado protector el encontrar a la pro-

teguida en unión de compañías que él le tenía prohibidas.

Emilia se había sentado en un sillón y aparentaba soportar resignada la presencia de sus amigas, al objeto de que Anatolio no se atreviera a reñirla.

Pero ante las miradas de ironía del curioso



El profesor estuvo tentado más de una vez de retirarse para no volver más...

ejemplar de hombre, las amigas prefirieron marcharse a seguir con Emilia, por lo que pudiera ocurrir.

La determinación de las visitas confirmó a Anatolio que su protegida no respetaba lo suficiente sus órdenes, y como se apercibió de

que en el saloncito reinaba cierto desorden característico de las juerguecitas—había incluso un rosario de taponos en torno a un cuadro que representaba un guerrero de la edad media—, la regañó, apuntando en él la decepción.

Emilia hizo protestas de enmienda, y en-



Emilia se había sentado en un sillón y aparentaba soportar resignada la presencia de sus amigas...

tonces Anatolio, dispuesto a todo por la salvación de la desventurada huérfana de cariño, continuó en su puesto de redentor, pero le dijo, como condición *sine qua non*:

—Si quieres probarme que estás dispuesta

a reformarte, tienes que traerme ahora mismo todas las joyas que te ha regalado Bronson, para que las echés al río.

Emilia, que aspiraba a rendir con el poder de su seducción a Anatolio, echóse a llorar y prometió que lo haría todo para dignificarse a sus ojos, y entró a su habitación íntima para "renunciar" a todas sus joyas.

Es más sensato pedirle peras al olmo que pedir a una mujer que se desprenda de sus adornos caros; y la renuncia de Emilia estaba en todo conforme a esa afirmación: "renunció" a sus joyas de una manera muy original. Prescindió simplemente de los estuches, que con Anatolio fué a arrojar a las aguas que se deslizaban bajo el famoso puente de Brooklyn. El contenido quedaba oculto en un jarrón chino.

Anatolio se tragó el anzuelo, y al decirle ella que fuera a visitarla aquella noche a su casa para hablar de su futuro, ahora que había renunciado a todo por él, el incauto hízole la promesa de no faltar, para concretar la situación de ambos.

Educar jovencitas tiene sus peligros... Ahora más que nunca se hacía más insoluble la incógnita de si Emilita sería salvada o se perdería Anatolio.

Llegó la noche, y con ella la entrevista convenida entre Anatolio y la bailarina que quería redimirse para ganar con el cambio...

Emilia estaba muy sentimental. Era toda una artista.

—¡Tú eres ahora la única joya que me queda!—exclamó al decidirse a tratar de pleno del porvenir a que aspiraba.

—Reconozco que te has portado bien, Emilia, y estoy muy contento de ti.

—Yo haré siempre lo que tú quieras. Lo he abandonado todo. ¿Qué más puedes pedirme?... Pero ¿qué vas a abandonar tú por mí, en cambio?

Anatolio vió que la pretensión de Emilita no concordaba con sus propósitos, y consultó el reloj para pretextar que era tarde y debía marcharse.

Emilia se fijó en que en el dorso de la tapa del reloj había el retrato de Viviana, y en un arranque de celos simulados, le mutiló el rostro.

—¡Emilia!

—¡Oh, Anatolio! ¿No comprendes?... No tengo a nadie más que a ti en el mundo... Me has apartado de todos mis amigos... ¿No te parece que es una deuda que tienes conmigo el dejarla a ella?

—¡Eso nunca, Emilia! ¿Cómo llegaste a suponer que yo podía hacer eso?...

—¡Eres un ingrato, Anátolio! Yo te amo... Quiero que tú me ames libremente... ¿Te divorciarás o no te divorciarás de ella?

—¡No! ¡Y basta! ¡Adiós!

* * *

El enfado de Anatolio duró poco. Al día siguiente ya no se acordaba de aquel rotundo

fracaso de sus planes reformadores, y dijo a Viviana, por la noche:

—Si no te incomodas iré a ver a Emilita... Hemos tenido una pequeña desavenencia... y no se debe pelear con los amigos.

Viviana había visto la mutilación hecha al retrato suyo que Anatolio llevaba en el dorso de la tapa de su reloj. Y en medio de su amargura brilló la prueba del amor del marido, que lo era el hecho de no haber sido arrancado por él el retrato para que no infundiera sospechas por la mutilación inferida que él no pudo evitar. Sin embargo, le miró con amargura y piedad, y con apócrifa pasividad dióle a entender que le era indiferente cuanto hiciera.

En casa de Emilia ocurría lo que Anatolio estaba lejos de imaginar. Para olvidar su disgusto, la huérfana de cariño había pensado en utilizar un procedimiento bastante generalizado, esto es, reunir a sus amistades para que asistieran a su reconciliación con Bronson, festejando el acontecimiento con una buena cena rociada de estimulante espumoso.

Era el triunfo de la realidad sobre el romanticismo, tal como lo previera el bolsista.

La doncella de servicio de Emilia no pudo negarse a franquear el paso a Anatolio, que se presentó en la fiesta en el momento de los brindis.

Inútil describir el asombro de Emilia y la ironía de Bronson.

Anatolio cogió una copa de champaña, le-

vantóla tan alto como pudo, y brindó con despecho:

—Bebamos a la salud de los imbéciles que ponen demasiada confianza en bellas mentirosas como tú...

Inmediatamente después del brindis, Anatolio, presa de indignación, rompió la copa con sus manos, y amenazó a los invitados, que huyeron ante la tragedia en puerta.

Bronson compadecía con sorna al crédulo, y tratando de calmarle, le dijo zumbón:

—No lo tome tan a pecho, hijito... Recuerde que le dije que yo volvería a recoger los pedazos...

Una idea se apoderó entonces de Anatolio. El viejo estaba allí para recoger los pedazos. Pues bien; quedaría complacido. Y en un santiamén, cual loco, tanto más colérico cuanto que vió que la pérfida lucía las joyas que simuló tirar al río, destrozó cuanto encontró en la habitación.

El desengaño había sido terrible, y más que nunca sintió el incauto Anatolio la necesidad del consuelo de su esposa, con la que se reunió al poco.

Viviana se resistía a la reconciliación, pero Anatolio, convicto y confeso, llegó a persuadirla de su resolución de no meterse nunca más en libros de caballerías.

Perdonó la exquisita compañera, y abrazándola para refugiarse en el nido del amor, Anatolio le decía:

—Si algún día vuelves a verme tratando

de salvar a alguna doncella como Emilita, te pido, por favor, que me encierres en un manicomio.

Todo hubiera marchado a pedir de boca si a Viviana no se le hubiese ocurrido curar a Anatolio sustituyendo las cenas de media no-



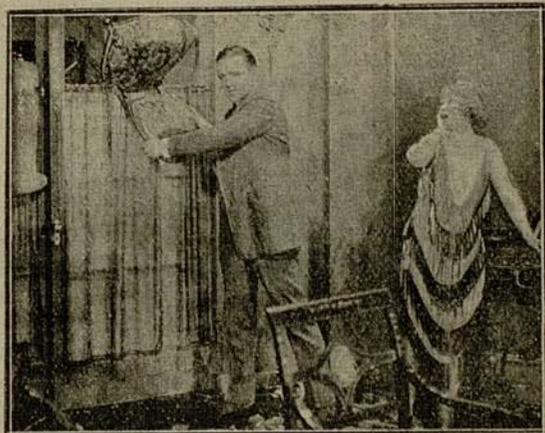
...Anatolio, presa de indignación, rompió la copa con sus manos...

che por los tes de media tarde en sus salones.

Un día, Viviana anunció a sus invitados una sorpresa. Se trataba de la presentación de Nazzar Singh, famoso hipnotizador mundial, que había consentido, por galantería, en hacer una demostración de su ciencia oculta.

La atracción era del agrado de todos, pero a Anatolio le disgustó sobremanera el que su esposa fuera hipnotizada y sirviese de regocijo a los invitados, que tuvieron ocasión de ver sus preciosas piernas al indicarle el oriental que vadease un río imaginario.

La risa de los invitados hirió a Anatolio, y



Y en un santiamén, cual loco, destrozó cuanto encontró en la habitación.

a instancias de éste, que no estaba para bromas, el indio devolvió a su estado normal a Viviana, que tampoco se mostró encantada del "truco".

Aquel incidente puso de acuerdo a los jóvenes esposos para marcharse una temporada

al campo, a fin de respirar libremente, perdiendo de vista por algún tiempo a la sociedad hipócrita en que hasta entonces habían vivido.

En un pintoresco lugar hacia el que aquellos se dirigían en automóvil, Anita, la esposa de un rudo campesino, sostenía una lucha constante entre el amor por los ricos trajes y el que profesaba a su esposo, un palurdo a quien preocupaban más las vacas que su mujer.

El afán de lujo desvió a Anita del buen camino, y aquella tarde el marido se dió cuenta de que de la cajita de fondos había desaparecido el dinero que pertenecía a la Iglesia de la aldea, de la que él era secretario.

La esposa se delató con su emoción, y furioso, el honrado trabajador, ofuscado por el hecho de haberse convertido su mujer, por el lujo, en ladrona, la expulsó del hogar.

Anita alegó que ignoraba que aquel dinero no era de su marido, y que si lo había quitado de la caja fué para comprarse ropas nuevas a fin de agradarle más. De nada le sirvieron sus explicaciones. El campesino se mostró inflexible. Pero en su actitud había despecho y sacrificio, pues que, dándole la libertad a ella, se resignaba a dejarse prender por estafa a la iglesia, ya que le era imposible encontrar el dinero sustraído por Anita.

Desesperada, Anita se dirigió al río y se arrojó a su fondo, para olvidar.

El azar quiso que Anatolio la arrancara a la

muerte, y Viviana fué a avisar un médico, volviendo al poco con él en el automóvil.

Pero Anatolio había cometido otra vez el error de ser demasiado bueno, es decir, tonto.

Anita volvió en sí tan pronto quedó a solas con él, y le supieron a gloria las caricias que el forastero le hizo para animarla. Anatolio se



...ofuscado por el hecho de haberse convertido su mujer, por el lujo, en ladrona, la expulsó del hogar.

esforzó en quitarle de la cabeza la idea de suicidio—solución extrema que nada puede justificar—, y como Anita vió en el suelo la cartera repleta de billetes del rico desconocido, y éste le dijera que era posible que encontrase

de repente en su mano lo que la haría feliz, siguió el consejo...

Anita se repuso bruscamente, y no se entretuvo en despedirse de Anatolio, llevándose, naturalmente, la cartera.

Viviana y el doctor vieron desde lejos cómo la campesina y Anatolio platicaban muy juntitos—sin mala intención, como siempre, por parte de él—, y la primera, poseída de furiosos celos, se alejó con el *auto*, abandonando al esposo al tiempo que éste reconocía de nuevo que le habían tomado el pelo.

—¿Será posible que no haya un lugar en el mundo donde la honradez y la nobleza sean patrimonio de todos?—dijo al doctor refiriéndose a la mala acción de Anita.

—La experiencia me ha demostrado, joven, que la honradez y la nobleza lo mismo que la caridad, bien entendidas, comienzan por uno mismo.

Anatolio no echó en saco roto la observación del doctor, y se disponía a reunirse con Viviana para pedirle nuevamente perdón, percatándose entonces de que el *auto* desaparecía en el fondo del camino.

Para complemento de ironía, una manada de gansos saludó al ingenuo con sus graznidos.

Anatolio no pudo menos de compararse, y correspondió a la efusión de las aves:

—¡Salud, hermanos!

—¡Esta vez hemos terminado de veras!

—Pero, Viviana... considera que yo...

—¡Ni una palabra más! ¡Estoy conforme en compartir mi bolsa y mi casa contigo, pero no te dirigiré más palabras que las precisas!

Anatolio se encolerizó y exigió a Viviana que abriese la puerta de sus habitaciones íntimas, por la rejilla de la cual le hablaba.

Como ella se negara, Anatolio prometió que buscaría un medio para olvidarla, y era tan imbécil que creyó encontrarle yendo a uno de los teatros de Broadway.

En el referido lugar actuaba a la sazón una bailarina conocida por el apodo de "La Diabla". Se contaba de ella que un rico se arruinó, un hombre honrado fué a presidio y un joven enamorado perdió el corazón.

Al corriente del flaco de Anatolio no hemos de extrañar que tuviera deseos de conocer a esa pecadora, en cuya maldad no creía más que superficialmente, atribuyéndola al ambiente.

El empresario accedió a hacer la presentación del afortunado joven, quien dijo a la artista:

—Me agrada mucho conocer a la mujer de quien habla todo Nueva York... Pero no creo que sea usted tan mala como pregona la gente.

—El diablo no tiene sexo de hombre sino de mujer... Esto se lo figuran todos pero se lo callan—respondió ella.

—¡Bah! ¿Cómo es posible creerla a usted peligrosa mirando esa carita tan delicada? ¿No cree usted que usted y yo vamos a ser buenos amigos?

“La Diablesa” rióse sin disimulo, y terminó por decir, librándose de Anatolio:

—Yo no soy la mujer que le conviene a usted... Lo mejor que puede usted hacer es irse a su casa.

Anatolio no insistió en retener a la bailarina, y dejola a la puerta de su “camerino”, donde casi simultáneamente le fué entregada a ella una carta urgente. La leyó sin demora. Decía así:

“*La Diablesa*”

Teatro Rhynefelds

Nueva York.

Se está agravando por momentos. Única manera de salvarlo es operándole. Operación le costará tres mil dólares. Sabiendo ha empeñado usted joyas, no procederemos sin su consentimiento.

Staines.

La mujer considerada sin corazón tembló al leer aquella carta que olía a muerte, y para salvar a quien sólo confiaba en ella sin que nadie supiera el secreto, pensó en aprovecharse de la inocencia de Anatolio, tipo sentimental del verdadero primo, y no poniendo en duda su triunfo, ordenó a los cirujanos que practicasen la costosa operación, avisando a la par a Anatolio para aceptar su compañía hasta su casa.

Si fantástico era el apodo de la bailarina, no lo era menos su morada, de auténtica amiga del diablo.

En ella supo Anatolio que las víctimas que

se atribuían a la perversidad de la popular y seductora artista, fueron desgraciados seres que se estrellaron con sus locuras o su maldad propias.

Anatolio fiaba en redimir a “La Diablesa”, y ésta se felicitaba de antemano por los cheques que le sabría sonsacar.

¡Cuán lejos estaba el incauto de imaginar el estado de ánimo de la infeliz en aquellos momentos en que se decidía la vida de un hombre, del amado sobre todas las cosas!

Una llamada telefónica interrumpió la plática.

“La Diablesa” se apoderó del aparato intensamente nerviosa.

—¿Qué es? ¿Qué ha pasado?—inquirió, sorprendiendo su fiebre a Anatolio.

Contestaron.

—El Doctor me encarga diga a usted que hemos terminado la operación, pero siente mucho tener que decirle que el corazón está muy débil y no debe sorprenderle si...

“La Diablesa” soltó el receptor y cayó convulsa y sollozante sobre la alfombra.

Anatolio se puso al aparato.

—Diga... diga... La señora que estaba en el aparato se indispuso repentinamente... ¿De qué se trata?

—El recomendado de esa señora está a las puertas de la muerte. La bala le atravesó ambos pulmones... Ha sido una operación delicadísima que costará un dineral... Se hará todo lo humanamente posible.

Anatolio comprendió la tragedia de la pobre diablesa. ¡Cuántas así en el mundo! La inconsciencia de ciertas mujeres tiene su justificación.

Ayudó a la noble mujer a reponerse, y se interesó por su secreto.

—¿Es su novio?

Y fluyó por los labios de la desdichada la confesión del drama:

—Le amo con todo mi corazón... Sería capaz de trabajar como una esclava para salvarle... Ahora que la guerra ha terminado nadie se acuerda de él más que yo... ¡Y no puedo dejarlo morir!... ¡No puedo!

Anatolio curóse instantáneamente de su manía de redención, considerando que uno es lo que el Destino le obliga a ser, y marchóse de la alhajada casa de la pobre mujer, dejándole, piadoso, un cheque.

Y al marcharse, murmuraba:

—¡Y a esto le llaman vida alegre...! ¡Prefieren volver a mi casa y hacerme radioescucha!

Y así empieza a delinearse la moraleja de esta película...

También Viviana había decidido "gozar de la vida", en venganza, sin conseguirlo.

A la mañana siguiente, Anatolio se dió cuenta de que el trago más amargo que un hombre puede beber, es su propia medicina.

—He estado gozando de la vida y me he

divertido muchísimo — le dijo Viviana, que regresó con Max muy tarde.

Anatolio, sospechando de la fidelidad de su amigo, le pidió cuentas.

—No seas necio—le respondió el leal camarada—, Viviana no ve en mí más que a tu viejo amigo y ha querido vengarse de ti con demasiada ingenuidad.

—Si Viviana no hubiese sido leal, supongo que dirías lo mismo, ¿no es eso?

—Te doy mi palabra de honor...

—¡Déjame con ella!

Max separóse un tanto de los cónyuges, y Anatolio dijo a su esposa:

—Anoche vine, Viviana, para decirte que me arrepentía de todo corazón y que tú eras mi vida y mi amor... Y ¿qué encuentro?... Una mujer que vuelve a casa a las nueve de la mañana y se niega a decirme dónde ha pasado la noche.

Viviana insistió en no querer complacer a Anatolio, quien—¡es notable lo que aprieta un zapato cuando está en el pie contrario!— prosiguió furioso:

—¡Viviana, si no me dices dónde estuviste anoche, será señal de que eres culpable!

Tampoco iba a obtener ahora satisfacción el airado esposo, y por fortuna, la aparición del hipnotizador indio al que hemos tenido ocasión de conocer anteriormente, puso fin a la disputa.

—Usted perdonará mi visita a estas horas —dijo el oriental a Viviana—. Hoy parto pa-

ra la India, y antes de marcharme, he querido venir a despedirme.

Ocurriósele a Anatolio una idea que le pareció excelente para conseguir lo que se proponía, y, acercándose al indio, le dijo con misterio:

—¿Puede usted volver a hipnotizar a mi mujer y hacerle contestar con verdad una pregunta de la cual depende nuestra felicidad?

El mago se prestó al deseo, y mientras Viviana no podía resistirse al flúido magnético, Max trataba de hacer renunciar a Anatolio a su locura.

—Quiero averiguar la verdad, Max, aunque nos hunda a los tres—respondió el obcecado.

El indio dijo a Viviana en aquel momento:

—Contestará la verdad a una pregunta que va a hacerle su esposo, y volverá en sí cuando él lo ordene.

Quedaron solos los dos amigos y la hipnotizada.

Anatolio iba a dirigir la denigrante pregunta a la esposa.

Max le increpó de nuevo.

—Si insultas a tu esposa preguntándole si te es fiel, jamás te lo perdonarás tú mismo... ni ella te lo perdonará a ti.

Anatolio iba a prescindir del consejo, iniciando la pregunta:

—Viviana, ¿estuviste?... ¿estuviste?...

No pudo concluir. ¿Cómo había podido llegar a dudar de su dulce amada?

—¡Viviana, creo en tu fidelidad!... ¡Viviana, despierta... y perdóname! ¡En adelante procuraré hacer felices a los demás sin comprometer mi propia felicidad!—exclamó.

Ella despertó dulcemente y abandonóse en los brazos del arrepentido esposo.

Y Max sonreía con la expresión de la leal amistad.

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa

PRÓXIMO NÚMERO

La narración de la creación cinematográfica de RUPERT HUGHES de su famosa obra

¡Dispense usted!

Interpretada a cargo de los eminentes artistas NORMA SHEARER, CONRAD NAGEL, RENÉE ADORÉE, BERT ROACH

Exclusiva de

Metro Goldwyn Corporation

Postal-fotografía regalo:

AMLETO NOVELLI

32 páginas

10 fotografías

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles - Precio: 25 cts.

E. VERDAQUER MONERA.-TARRASA

¿Por qué debe leer usted
AYER Y HOY
todas las semanas?

Porque nuestro magazine-revista le ofrece en sus 76 páginas, por el mínimo precio de 40 céntimos, todo lo que usted busca en numerosas publicaciones con un gasto mayor, desde la novela corta a la novela de aventuras, y desde las páginas de modas y de frivolidades a una sección cinematográfica.

Porque AYER Y HOY cuenta con la colaboración de los mejores autores, españoles y extranjeros. Agradar, instruir, deleitar: son los tres fines que se propone y logra AYER Y HOY, que en su número del 17 del corriente publica:

SUSTITUCIÓN

novela corta de la formidable cuentista catalana

VICTOR CATALÁ

Un cuento del notable escritor A. HERNANDEZ CATÁ, titulado EL LÍMITE, y Por los caminos del mundo - Cartas de Amor - De la vida frívola - Cuentos - Amenidades - Chistes - Novela de aventuras - Novela cinematográfica, etc.

Compre usted **AYER Y HOY**

Se publica todos los martes.

¡OCHO PÁGINAS GRÁFICAS!

76 páginas

40 céntimos